

Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad.
N°17. Año 7. Abril-Julio 2015. Argentina. ISSN: 1852-8759. pp. 8-19.

Del espacio público de las hexis corporales al de las afectividades brumosas y no discursivas

From public space of the body hexis until the misty affectivities and non-discursive

Alicia Lindón*

Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, México
alicia.lindon@gmail.com

Resumen

Las ciudades pueden ser vistas como embravecidos torbellinos de afectos, como la ira, el miedo, la alegría, la euforia. Dichos afectos están encarnados en los sujetos que habitan las ciudades. Los afectos se hacen cuerpo, y estos se territorializan, se desterritorializan y se reterritorializan, a través de formas de identificación del sujeto con los otros, pero también con lugares y con objetos. Así, nos preguntamos por las formas en que lo urbano es actuado, modelado, disputado, apropiado e inscrito en los cuerpos de sus habitantes, en las grandes ciudades latinoamericanas. El primer apartado se centra en la performatividad. En el segundo apartado se desarrolla lo relativo a la afectividad. La tercera parte presenta un entramado de performatividades y afectividades en movimiento en el espacio público. El último apartado explora la siguiente problemática: Cuando las ciudades latinoamericanas se han hecho heterogéneas y segregadas, y el espacio público es intensamente habitado, nos preguntamos ¿cómo se dramatiza lo social en ese espacio público? ¿Se lo habita y dramatiza a través de hexis incorporadas, a veces creativas y otras repetitivas? O tal vez, lo social se dramatiza desde afectividades prediscursivas, brumosas, que circulan entre las personas y se anclan en un cuerpo y otro.

Palabras clave: Actos Performativos; Afectividad; Conocimiento Corporizado; Espacialidad; Corporeidad.

Abstract

Cities can be seen as raging whirlwind of emotions, such as anger, fear, joy, euphoria. Such feelings are embodied in subjects who inhabit cities. The affection became body, and these are territorialize, deterritorialize and reterritorialise through forms of identification of the subject with the other, but also with places and objects. So, we asked for the ways in which the urban is actuated, modeling, disputed, appropriate and registered in the bodies of their habitants, in large cities of Latin American. The first section focuses on performativity. In the second paragraph, I developed regarding the affection. The third part presents a framework of performativity and affectivities moving in public space. The final section explores the following problem: When Latin American cities have become heterogeneous and segregated, and public space is intensely inhabited, we ask us how it dramatizes the social in this public space? Are we live there and dramatized through built hexis, sometimes creative and other repetitive? Or perhaps, the social is dramatized from prediscursive affectivities, misty, circulating among people and anchored in one body and another.

Keywords: Performance Acts; Affect; Embodied Knowledge; Spatiality; Bodily.

* Profesora-investigadora titular del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana (México), en su campus Iztapalapa. En dicha institución forma parte del área de investigación de Sociología de la Cultura y del cuerpo académico Espacio Social de la Ciudad. También es miembro del Sistema Nacional de Investigadores del CONACYT, con el nivel III. Actualmente es coordinadora general del Consejo Editorial de Ciencias Sociales y Humanidades de dicha casa de estudios. Es doctora en Sociología por el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México. Obtuvo la maestría en Estudios Urbanos por la misma institución y la licenciatura en Geografía por la Universidad de Buenos Aires.

Del espacio público de las hexis corporales al de las afectividades brumosas y no discursivas

Introducción

Las ciudades pueden ser vistas como embravecidos torbellinos de afectos, tales como la ira, el miedo, la alegría, la euforia, entre otros (Thrift, 2008: 171). Esos afectos siempre están encarnados en los diversos sujetos que habitan las ciudades. Los afectos se hacen cuerpo. Y los cuerpos, parafraseando a Pile (1996: 209), se territorializan, se desterritorializan y se reterritorializan, a través de formas de identificación del sujeto con los otros, pero también con lugares y con objetos de los lugares. La territorialización, desterritorialización y reterritorialización de los afectos también ocurre por mecanismos psíquicos de defensa y protección, por internalización de principios de autoridad, por intensos sentimientos asociados a lugares y personas, por flujos de poder también territorializados. Desde esta perspectiva nos preguntamos por las formas en que lo urbano es actuado, modelado, disputado, apropiado e inscrito en los cuerpos de sus habitantes, en las grandes ciudades latinoamericanas.

Las aproximaciones a la ciudad latinoamericana contemporánea, y al espacio público en particular, desde la perspectiva de los sujetos que la habitan han ido redescubriendo dimensiones de lo urbano poco exploradas en este campo, siempre sesgado a las lecturas de la ciudad en términos de las formas espaciales y a la materialidad en sentido amplio. En otras palabras, las ciudades latinoamericanas han sido objeto de indagación extensamente, pero muy frecuentemente han sido entendidas como espacios históricamente producidos y disputados en su materialidad. Tal vez, algo menos frecuentes han sido los abordajes centrados en la ciudad practicada, en los espacios-movimiento intraurbanos. Menos usual aun ha sido interrogarse por los sentidos otorgados a los lugares de la ciudad por parte las personas que la habitan. Sin duda alguna, el tránsito de la primera de

estas miradas a la segunda (de la ciudad históricamente producida en su materialidad a la ciudad practicada), y luego de la segunda a la tercera (de la ciudad practicada a los sentidos de la ciudad), han permitido que los estudios urbanos latinoamericanos fueran develando gradualmente la complejidad y densidad propia del espacio urbano, que no pocas veces habían sido desdibujadas por otras aproximaciones. Estas últimas miradas frecuentemente han quedado analíticamente en el filo de la corporeidad. En otras palabras, han llegado a aproximarse considerablemente a la corporeidad, pero sin atreverse a penetrar en ella como clave para profundizar en la comprensión del espacio urbano. Una paradoja de ello radica en que es la corporeidad y las emociones de los habitantes de las ciudades lo que les permite experimentar la ciudad, actuar en ella, disputarla, marcarla, siempre en los contextos socio-culturales específicos, en mundos intersubjetivos peculiares, en territorios particulares, en medio de ciertas formas materiales y encarnando así las diversas posibilidades históricas. Así, este texto aspira a traspasar el filo de la corporeidad para comprender el espacio urbano.

Por todo lo anterior, la corporeidad y las emociones no son nuestro punto de partida. Partimos del espacio social de la ciudad. Sin embargo, con ese rumbo hallamos la corporeidad y las emociones como una clave analítica potente para comprender la ciudad. Aun así, este hallazgo no ha sido casual, más bien ha venido a constituir un eslabón adicional y necesario para continuar estudiando el espacio social de la ciudad desde el punto de vista de los sujetos y su cotidianidad. Ello implica considerar que a través del habitar de los sujetos se hace y rehace la ciudad y la vida urbana. Cuando el estudio de la ciudad integra a los sujetos-habitantes de los lugares, suele limitarlos a sus prácticas. Dicho énfasis, suele omitir que esas prácticas y el habitar mismo (como una experiencia y no

sólo una práctica), están indisolublemente asociados con su condición de sujeto corporizado. Este texto precisamente intenta evitar esos olvidos y omisiones.

De esta forma, nuestro acercamiento al cuerpo, la corporeidad y las emociones no resulta del recorrido intelectual directamente orientado al tema, como ha ocurrido con una buena parte de las ciencias sociales que han comenzado a interrogarse explícitamente sobre el cuerpo, la corporeidad y las emociones. Por ejemplo, cómo se concibe el cuerpo, la corporeidad y las emociones, qué aportan estas categorías para la comprensión de las sociedades actuales o bien, qué se encubre cuando son invisibilizadas analíticamente, cómo y por qué se ha transitado de unas concepciones a otras. No obstante, nuestro camino también ha sido el de muchos otros estudiosos de diversos fenómenos sociales, aparentemente no relacionados con el cuerpo y las emociones, y que inesperadamente los hallaron como ineludibles analíticamente. En última instancia, ambos caminos terminan por entrecruzarse y alimentan este campo del saber, más o menos en ciernes. Todos estos caminos también han venido a converger en el giro hacia el cuerpo y las emociones que se constata en la investigación social en este inicio del tercer milenio. Uno y otro camino se han ido imbricando y ambos han contribuido a revisar la tradición occidental que ha soslayado por largos años el tratamiento del cuerpo¹, tendiendo a reducirlo a una parte de nuestra naturaleza animal, muy en sintonía con las perspectivas cartesianas que lo han concebido como un mecanismo físico (Weiss y Haber, 1999, p. XIII).

En el contexto previo, nuestro abordaje busca articular el cuerpo y la corporeidad, con el sujeto que habita y practica la ciudad. Ello nos enfrenta a un problema muy conocido en las ciencias sociales: ¿cómo integrar la corporeidad y las emociones en un campo del saber más o menos refractario a ellas? Efectivamente, el cuerpo y las emociones, al igual que el espacio, lo cotidiano y la ciudad, pueden ser leídos desde muy diversos ángulos, no sólo en cuanto a perspectivas para abordarlos, sino también en cuánto a formas de especificarlos. La búsqueda de respuestas a ello nos ha llevado a considerar que la performatividad es una de las formas de introducir el cuerpo y las emociones, que dentro de nuestra línea de trabajo que puede resultar más potente para comprender la

ciudad. Otra forma de anclar el tema para iluminar el espacio urbano, es la afectividad.

Con estos antecedentes, en las páginas siguientes se presenta un primer apartado acerca de la performatividad. En el segundo apartado se desarrolla lo relativo a la afectividad. A continuación, en una tercera parte se elabora un entramado de performatividades y afectividades, puestas en movimiento en el espacio público de las grandes ciudades actuales. En este último apartado se explora particularmente la siguiente problemática: Cuando las grandes ciudades latinoamericanas se han extendido, se han hecho crecientemente heterogéneas y segregadas, verdaderos crisoles que confrontan alteridades diversas y diferentes, pero al mismo tiempo el espacio público es intensamente habitado, cabe preguntarnos ¿cómo se dramatiza lo social en ese espacio público? ¿Se lo habita y dramatiza a través de hexis incorporadas, aun cuando puedan tener ciertos niveles de creatividad? O tal vez, se dramatiza lo social crecientemente desde afectividades prediscursivas? es decir aquellas afectividades que circulan entre las personas y las van movilizandando no ya desde el registro racional sino desde la brumosisidad que se ancla en un cuerpo y otro.

1. Performatividades

El concepto de performatividad fue planteado inicialmente para dar cuenta de la capacidad del lenguaje para construir la realidad social (Austin, 1998)². El discurso produce lo que nombra por su necesaria vinculación con la acción. John Austin ejemplificó esto con algunos verbos como declarar, heredar, bautizar: mostró así, que la oración constituye la acción. Por ello, la performatividad ha expresado la simultaneidad entre la palabra y la acción dentro de cierto contexto que lo autoriza.

Con posterioridad a los desarrollos Austin y Searle, el concepto de *performatividad* ha sido ampliado, replanteado, resemantizado. Como ha destacado Rodrigo Díaz, es uno de esos “conceptos inestables, permanentemente sujeto a debates, réplicas, contraréplicas [...] y que sigue generando imágenes y metáforas sugerentes” (2008: 37). En esa inestabilidad, el concepto de *performance* pasó del

¹ Ello no niega que desde tiempo atrás haya existido lo que Jean-Michel Berthelot ha denominado las “sociologías implícitas del cuerpo” (1983).

² John Austin planteó esto a mediados del siglo XX, utilizando la expresión que luego generaría el título de un conocido libro, *Cómo hacer cosas con las palabras* (1998). Posteriormente, John Searle lo profundiza destacando la componente contextual: esa capacidad performativa ocurre en un contexto (1986 y 1997).

énfasis en lo discursivo a un acento en los actos, en el hacer. Y posteriormente aun sigue girando, y así el sesgo en lo comportamental hizo posible darle visibilidad a la componente corporal de lo *performativo*, ya que el actuar requiere de la motricidad y la expresividad del cuerpo. Entonces, la *performatividad* pudo dar cuenta de los actos corporales –y no sólo de los actos, como lo fue anteriormente– que construyen la realidad.

En este sentido, Víctor Turner (1974) también ofrece elementos para sostener que la *performatividad* –como un hacer y dramatizar corporalmente lo social– supone tanto la reactuación, la re-experimentación, así como la repetición de un conjunto de significados sociales acerca de los sujetos-cuerpos y en nuestro caso, acerca del espacio social de la ciudad. En esta perspectiva, la performatividad está intrínsecamente asociada a la *hexis* corporal en el sentido de Bourdieu (2007)³. No nos referimos al vínculo *hexis-performatividad* como necesaria limitación de la segunda por la primera, sino de manera “no representacional”⁴. Por ello, la *performatividad-hexis* corporal –hacedora del espacio social, entre otros– también se relaciona con la “puesta en escena (o la puesta en juego)” como la construcción de lo social, planteada inicialmente por Berthelot (1983: 119), y retomada más recientemente por Dubois (2007: 74) con un matiz más dramático. De esta forma, “las *performances* gestan una permanente tensión entre autoridad –convención, tradición, reglas– y las propiedades emergentes, entre forma y contingencia, ya que se refieren a un proceso, al proceso en el que los participantes completan, llevan a cabo, cumplen, ejecutan o realizan algo, en el que los ejecutantes recobran, recuerdan o inventan selectivamente” (Díaz Cruz, 2008: 44).

En este camino varios autores han planteado que la puesta en juego del cuerpo, el actuar, la dramatización constante, tiene estrecha relación con la constitución de las identidades de los sujetos. Por ejemplo, para Bourdieu “lo que se ha aprendido con el cuerpo no es algo que se tiene [...], sino algo que se es” (2007: 107). Por su parte, Judith Butler también ha planteado el vínculo entre la dramatización corpo-

rizada y la identidad: “El yo es una forma de ir tomando cuerpo, y va corporeizando las posibilidades” (Buttler, 1988: 521). En nuestro campo de estudio, es posible proyectar estos planteamientos: las *performatividades* no sólo construyen a los sujetos, sino también los lugares y la ciudad misma. Esa construcción es posible porque los actos *performativos* le otorgan significados e identidades a los lugares. Y ello ocurre en un proceso siempre inacabado por el que esos lugares construidos performativamente a su vez construyen a esos sujetos-cuerpos que los habitan, sus identidades y sus comportamientos.

Un ejemplo de *performatividad* constructora de lo urbano y construida por lo urbano es la dramatización –es decir la “continua e incesante materialización de posibilidades” (Butler, 1988: 522)– de las diferentes distancias sociales (Lindón, 2013) en los diversos espacios urbanos y entre distintas alteridades. Y es en ese proceso constante de actuar en y con la ciudad, y con los otros, que el espacio urbano adquiere rasgos particulares y entra en un proceso de constante hechura por parte de los sujetos-cuerpos que lo habitan, y dramatizan lo social.

El concepto de performatividad está estrechamente vinculado al de *hexis* corporal, particularmente desarrollado por Bourdieu (2004). Para el sociólogo francés, la *hexis* corporal son disposiciones, es decir las formas en que nos exponemos al dolor, a la emoción, a la ira. Las *hexis* corporales resultan del proceso de socialización, están sedimentadas en nosotros, gracias a que nuestro cuerpo está abierto al mundo social, y así se constituye en expresión de ese mundo social. Las *hexis* se hacen naturaleza. Se hacen improntas sociales encarnadas –por ejemplo, las de clase, de género– es decir se constituyen en cuerpo.

Es la *hexis* corporal lo que constituye el objeto primero de la percepción, y por ello el espacio público se reconfigura constantemente en múltiples escenarios en los cuales el habitante ofrece su propio cuerpo (a través de las *hexis* corporales) como espectáculo. Las *hexis* corporales constituyen una estructuración durable de la corporeidad, que es cargada con significados y valores sociales. Son aprendidas desde la infancia como patrones de hábitos ligados al cuerpo individual. Viene a constituir una especie de memoria corporal, que se presenta en el caminar, el comer, el bailar...

Tanto la performatividad como la *hexis* corporal, para nuestro objetivo, constituyen dos entradas analíticas relevantes para pensar la ciudad practicada, el espacio social-movimiento protagonizado como un

³ El conjunto de disposiciones prácticas, corporales, maneras de tenerse y mantener el cuerpo, de caminar, hablar.

⁴ Se considera lo “no representacional” en el sentido de las Teorías no representacionales: Esto es, no como una simple repetición (representación), sino asumiendo que los cuerpos –como trayectorias dinámicas– se actualizan y se individualizan a través de conjuntos de relaciones y de prácticas, que no son ajenas a disposiciones y *habitus*. También: Anderson y Harrison (2010).

flujo constante. Por ello expresan la materialidad del espacio urbano, pero como materialidades efímeras, que se hacen y se deshacen. Esto mismo fue denominado por David Seamon (1979) *body ballet*, como una forma de preguntarnos por el espacio siempre cambiante.

2. Afectividades

Si bien los afectos y la afectividad han empezado a generar interés muy recientemente en los estudios de la ciudad, aun son tenues. Posiblemente una obra emblemática en este rumbo sigue siendo la de Richard Sennett, *Carne y Piedra*, publicada inicialmente en 1994. Como ha señalado Nigel Thrift (2008:171), el registro afectivo es totalmente ubicuo y forma parte de todas las actividades propias de la ciudad, pero solo escasamente ha sido problematizado con relación a la ciudad. El tenue interés reciente de los estudios urbanos por la afectividad no es ajeno al giro hacia la corporeidad y las emociones que involucra a buena parte de las ciencias sociales en las últimas dos décadas. De igual forma, también está emparentado con el giro sensorial, que destaca David Howes (2014), en su caso con particular relación con la Historia y la Antropología, aunque sin duda alguna dicho giro también trasciende estas dos disciplinas en particular e involucra casi todas las ciencias sociales y las humanidades. En cambio, en la Filosofía existen antecedentes lejanos y en estricto sentido, nunca se abandonó la reflexión sobre los afectos. Una de las obras señeras en este ámbito del saber, y muy recuperada en los últimos años, es la de Baruch Spinoza, del siglo XVII. Etimológicamente, la expresión afecto procede del latín *afficere*, y significa influir o afectar. En ello radica toda la discusión actual acerca de los afectos y la afectividad, en lo que afecta o influye en el sujeto.

Tal como ocurre con tantos otros conceptos, el afecto constituye una de esas expresiones que generan la fantasía de resultar transparente por su fuerte presencia en el discurso coloquial, como simple noción de la vida práctica. Sin embargo, es necesario especificarla teóricamente, sobre todo porque existen varias tradiciones del pensamiento, en las cuales la afectividad ha tomado matices. En este rumbo parece ineludible subrayar la negación, es decir, destacar aquello que no es: Así insistimos en que no nos referimos a la afectividad como la sola expresión de la interioridad del sujeto, ni como sinónimo de emoción,

aunque indudablemente los afectos pertenecen al ámbito emotivo⁵.

Una forma de concebir el afecto es como conocimiento corporeizado (*embodied knowledge*). Así, el afecto es reconocido como conjuntos de prácticas incorporadas o encarnadas, que producen un comportamiento visible. El ejemplo de la orientación espacial del sujeto al desplazarse, es de los más socorridos al respecto. Nos desplazamos exitosamente por la ciudad, nos orientamos, reconocemos lo que ocurre detrás y delante de nosotros, arriba y abajo, por ese conocimiento encarnado en nosotros y reactualizado constantemente. En esta senda, el pensamiento de Paul Rodaway (1994) ha sido decisivo para afianzar una Geografía sensorial, que sin duda retroalimenta y se entrelaza con los estudios sensoriales sobre la ciudad. Por su parte, Rodaway ha retomado las bases construidas en torno al tema por Yi Fu Tuan (1974; 1977), desde los años setenta y por Kevin Lynch (1960) y Edward Hall (1966) desde los sesenta. Con una mirada más antropológica, Michelle Rosaldo (1980), ha observado algo semejante: las emociones no son sustancias en el cuerpo sino pensamientos corporizados, prácticas sociales estructuradas que se dramatizan y se dicen con palabras, dentro de un contexto cultural particular. Esta versión de las emociones es muy cercana a la afectividad que se viene comentando. Algunos autores actuales, como Thrift (2008:175), insisten en que una de las limitaciones de estas concepciones muy imbuidas de la fenomenología, radica en que los afectos corren el riesgo de quedar más o menos descontextualizados, cuando el entorno sería decisivo en la configuración de los afectos. Sin embargo, esta discusión sigue abierta, ya que algunos autores desde una mirada fenomenológica cuidan expresamente evitar la descontextualización, o dicho de otra forma introducen claramente la relación texto-contexto.

Otro acercamiento al afecto es en la perspectiva freudiana, posiblemente sea esta la concepción más difundida: El afecto serían así aquellas emociones primariamente vehiculadas, es decir que el afecto podría concebirse dentro de las variaciones del tema del deseo. La emoción constituye así, una pasión que domina al sujeto, una pasión primaria e intensa. Mien-

⁵ La palabra emoción procede del francés *émouvoir*, que significa "conmover", "emocionar". Está formada por "mover", "poner en movimiento" y por la partícula e- que significa "fuera". De allí la relación y parcial traslape con afectividad: *émouvoir* puede expresar el movimiento afectivo que del individuo.

tras que los sentimientos serían los afectos más elaborados, modulados socialmente y controlados por el sujeto.

Una tercera perspectiva, alimentada en la obra de Spinoza y replanteada por Deleuze (1990), destaca que el interés en la afectividad radica en tratarla como una sensación que se mueve a través de los sujetos, de una persona a otra y sin mediar el nivel cognitivo. En esta perspectiva, el punto de partida es el efecto instantáneo que produce una imagen sobre mí, esa imagen puede proceder de una persona, una cosa, una situación, una institución... Esto que la imagen le produce al sujeto es una afección y siempre será instantánea. En cambio, el afecto expresa el tránsito de una situación previa a otra actual, o de la actual a una futura, por ese efecto que ha producido en el sujeto la imagen. La imagen podrá influir en un cuerpo produciéndole un afecto (*affectus*) de alegría o bien, de tristeza. El primero aumenta la potencia del cuerpo y el segundo la disminuye. Entonces la afectividad es la capacidad de reacción del sujeto ante el entorno, sea que contribuye a movilizarlo en algún sentido, o bien lo inmoviliza, le resta potencia.

El afecto así concebido es pre-lingüístico, pero circula entre los sujetos y por ello configura lo social. Esto lo torna una clave particularmente relevante para comprender el espacio público de las grandes ciudades y sus dinámicas: Así, el afecto sería aquello que “redistribuye la subjetividad hacia fuera”: Nigel Thrift por todo lo anterior, concluye que la afectividad es escénica y en ello está anclada la dimensión espacial del afecto. En este texto, consideramos la afectividad en la perspectiva de Thrift (2008)⁶, como una sensación no discursiva que circula entre los cuerpos, hacia afuera del cuerpo, y que se espacializa al exponerse, y así construye el espacio social y el vínculo social, pero también la retomamos en términos del conocimiento corporizado de Paul Rodaway.

3. El espacio público: configurado y configurador de dramatizaciones y afectividades

El espacio público de las grandes ciudades latinoamericanas actuales, desde los años sesenta/setenta del siglo XX, se fue configurando crecientemente a través del habitar de muy diversos sujetos so-

ciales, que a la luz del crecimiento y la expansión urbana, fueron encontrando diversos nichos. Así, la expansión urbana acercó y confrontó sujetos-habitantes diferentes, por la conjunción de varios procesos: las migraciones que reunieron a más y más personas en las ciudades, la expansión territorial de las ciudades que extendió los desplazamientos cotidianos pendulares y así, hizo que una parte creciente de la cotidianidad transcurriera en la movilidad espacial cotidiana, en las calles de la ciudad. Pero esa expansión también profundizó los patrones de segregación urbana. La ampliación de los mercados de trabajo fue incluyendo a diversos actores en el mundo del trabajo, y eso también los lanzó de una forma u otra, a habitar parcialmente el espacio público y habitar distintos lugares de la ciudad. Las múltiples modalidades de la llamada informalidad, también hizo su parte para configurar formas perdurables de habitar el espacio público, por ejemplo, trabajando. El aumento y la diversificación de los patrones de consumo en todas sus formas (consumo de bienes y servicios, consumo cultural, consumo de espacios de ocio.....) contribuyó para que la satisfacción de ese consumo generara un aumento de la exposición al espacio público, un habitarlo más intensamente. Todo ello fue convergiendo para que el espacio público de las grandes ciudades confrontara y reuniera crecientes diferencias, otredades inesperadas y muchas veces, rechazadas.

Estas formas de movimiento -no solo como desplazamiento físico, sino también en el sentido vitalista del movimiento como el flujo constante de la vida en la ciudad- han sido acompañadas de la incorporación y la reproducción de hexis corporales por parte de los sujetos habitantes de la ciudad. Dichas hexis no solo son expresiones de la vigencia y efectividad de los procesos de socialización, en términos prácticos también dan cuenta de las formas en que los cuerpos habitan ese espacio público y en consecuencia de la forma en que operan los regímenes de regulación socio-espacial. De estos diversos regímenes uno sumamente claro en las hexis corporales son los regímenes proxémicos, el manejo de las distancias sociales y afectivas en las diversas relaciones sociales que se ponen en juego en el espacio público.

En otras ocasiones se ha destacado que, un recurso con que el habitante de las grandes ciudades latinoamericanas actuales procesa en su cotidianidad la expansión descomunal de las ciudades, es reduciéndolas a micrópolis, que vienen a resultar algo así como archipiélagos de territorios, casi nunca totalmente contiguos, dentro de los cuales se desplaza y habita,

⁶ La perspectiva de Thrift sobre los afectos, integrada en su teoría no representacional, en este tema se alimenta de Deleuze (1990), quien a su vez se inspira en Spinoza.

a veces de manera perdurable y otras solo de forma efímera (Lindón, 2010). También se ha mostrado que esos fragmentos de la ciudad practicada por un sujeto llamados micrópolis se pueden comprender a través del concepto de redes topológicas de cada habitante y sus entrecruzamientos como otra forma de comprender el habitar estas metrópolis (Lindón, 2014). En este caso, y desde la inquietud por la performatividad-hexis-afectividad, se postula la reducción subjetiva de la otredad, incluso frecuentemente en términos de manera binaria, cuando esa otredad se hace parte de nuestras micrópolis pero no está integrada en nuestras redes topológicas.

A fin de anclar lo anterior, en las páginas siguientes se retoma la metáfora de los hologramas en las ciencias sociales contemporáneas: Por ejemplo Jean Baudrillard recurre a él en su obra *América* (1986), Edgar Morin y Anne Kern también lo hacen así en su reconocido trabajo titulado *Tierra Patria* (1995), Jesús Ibáñez en *Más allá de la Sociología: El Grupo de Discusión* (1979) y Pablo Navarro, en su libro titulado precisamente *El Holograma Social* (1994). Estos autores han recurrido una y otra vez al holograma fotográfico para estudiar las complejas sociedades actuales. En esta ocasión, retomamos –solo muy someramente– la propuesta del holograma en su versión socio-espacial (Lindón, 2007), como una forma de aproximación a la construcción social de los lugares y la ciudad. En este caso, se ha planteado que “El holograma espacial sería un escenario situado en un lugar concreto y en un tiempo igualmente demarcado, con la peculiaridad de que en él están presentes otros lugares que actúan como constituyentes de ese lugar. Esos otros lugares traen consigo otros momentos o fragmentos temporales, otras prácticas y actores diferentes aunque también pueden ser semejantes a las que se están realizando en ese escenario [...] la imagen adquiere profundidad (la tridimensionalidad), cuando las formas espaciales y los haceres (las prácticas), son reconocidos con sus significados” (2007:41-43).

A partir de todo lo previamente presentado, a continuación esbozamos dos escenarios de vocación holográfica, sumamente presentes en las grandes ciudades latinoamericanas actuales: Uno organizado en torno a la otredad diferente que instaura el miedo y la desconfianza, otro en torno a las movilizaciones masivas y callejeras que plantean alguna demanda social y que en ocasiones se reconfiguran en la presentación de la propia corporeidad como espectáculo para los otros. Estos escenarios, de vocación holográfica, son indis-

ciables de su condición situada⁷ en el espacio público, de modo tal que dicha situación se hace parte del escenario mismo y no es un simple contexto externo al asunto. En lo que atañe al espacio público, más que pensarlo en las perspectivas dicotómicas y muy discutidas de la oposición público/privado⁸, se lo considera en la mirada de Manuel Delgado, vale decir en la tensión y porosidad de las fronteras móviles e inestables entre el “adentro y el afuera”, o entre la ciudad de las “implantaciones (o los enclaves)” y la “ciudad de los desplazamientos” (Delgado, 2007:27-41).

3.1. Las corporeidades del miedo y la desconfianza

Desde inicios de los años noventa del siglo XX se han multiplicado los estudios urbanos focalizados en el binomio ciudad/miedo. Tal vez un texto emblemático y pionero de este capítulo es *City of Quartz* de Mike Davis ([1990] 2003), en donde el autor abre el tema que denominó la *ecología del miedo*, para dar cuenta de la suburbanización de los suburbios bajo la fantasía de la protección. Esta problemática empezó a abordarse unos años después de la aparición de esa obra desde una vieja expresión en el estudio histórico de la ciudad, como es la de muralla. Esta expresión devino en amurallamiento al trasladarse al análisis de los suburbios de los suburbios que buscan protección y seguridad. La problemática del miedo y la inseguridad en las actuales ciudades, vino a articularse con la expansión de la violencia, hasta llegar a configurar uno de los rasgos más fuertes de las grandes ciudades actuales. Y ello a su vez,

⁷ En general la referencia al conocimiento situado se asocia con el pensamiento feminista desarrollado desde los años ochenta y en los noventa, y en particular con los aportes de Donna Haraway (1995), aunque también otros más recientes, como por ejemplo la obra de Robyn Longhurst (2005). No obstante, con anterioridad se desarrollaron planteamientos respecto al conocimiento y el aprendizaje situado desde las teorías de la cognición situada, que a su vez tomaron aportes iniciales de Lev Vigotsky. De acuerdo a Jean Lave (1997), las teorías de la cognición situada afirman que las personas que actúan y el mundo social de la acción, no pueden ser separados.

⁸ La vieja dicotomía público/privado resulta superada por la vida urbana misma (Ostrovetsky 2001) en cada ocasión en la que en lo público emerge lo privado y cuando en lo privado se presenta lo público. Así, el mundo empírico desborda la dicotomía, por ejemplo, cuando en las calles –expresión del espacio público– los medios nos indican cómo configurar los espacios privados e incluso los espacios de la intimidad. Pero igualmente resulta superada la vieja dicotomía cada vez que en los espacios privados adquiere centralidad lo público: Se puede decir que las calles de la ciudad penetran el espacio privado a través de los medios de comunicación.

se integra como parte sustancial de las sociedades actuales, identificadas como sociedades del riesgo y la incertidumbre (Beck, 2002; Bauman, 2006). En ese contexto, uno de los escenarios de vocación holográfica que integramos tiene relación precisamente con el miedo y la desconfianza hacia la otredad, que circula ampliamente en los espacios públicos.

Estos escenarios de vocación holográfica que se configuran en torno al miedo y la desconfianza, ampliamente presentes en las ciudades latinoamericanas, casi siempre se configuran en torno a corporeidades masculinas: ello implica que no sólo forma parte de ellos el sujeto masculino, sino que por sobre todo es la corporeidad masculina. El miedo y la desconfianza se configuran sobre todo desde la imagen que la corporeidad genera en el otro.

En ocasiones, a la condición masculina se le agrega también la condición de joven y frecuentemente la pertenencia social a grupos de escasos recursos. Situacionalmente, estos escenarios holográficos pueden presentarse habitados por figuras como las dibujadas, pero solitarias, en otros casos como pequeños grupos. En cuanto a la temporalidad, se trata de escenarios mayormente nocturnos, aunque en otros casos la espacialidad cerrada o muy abierta, puede recrear la condición solitaria propia de lo nocturno: así, la espacialización en un lugar aislado o en el cual diversas formas espaciales reducen la visibilidad, puede permitir que la situación también ocurra en el ciclo diurno. De igual forma, estos escenarios suelen anclarse en territorios identificados en sentido amplio por el peligro y el miedo.

Si la corporeidad masculina expresa el riesgo para los otros, más específicamente cabe observar que no sólo resulta de lo que expresa el cuerpo sino también de las performatividades que adoptan estas otredades. En parte son performatividades que denotan la apropiación intensa de aquellos fragmentos del espacio público en los cuales permanecen y controlan, o bien en los cuales desarrollan coreografías de desplazamientos ágiles, veloces y seguros. Sea por la permanencia en un lugar o por las coreografías de los desplazamientos eficientes, casi siempre la apropiación de los lugares denota una dominante material, es decir el espacio es apropiado materialmente. Las performatividades dominantes son aquellas que traslucen la intencionalidad de ejercer la violencia física sobre los transeúntes y/o la intencionalidad de despojar de las posesiones a quienes circulan por el lugar. Todo ello es parte de la dramatización corporal que realiza el tipo de sujeto social que encarna la peligro-

sidad y la delincuencia. Adicionalmente, estos escenarios también suelen integrar elementos míticos legitimados en los contextos culturales en los que se recrean estas situaciones, con lo cual adquieren mayor anclaje local.

La configuración de este tipo de holograma socio-espacial también resulta asociada a la afectividad en términos de la circulación pre-discursiva de sensaciones: Esas corporeidades masculinas amenazantes generan en los sujetos amenazados una afectividad que inmoviliza, resta potencia en el otro, transmite miedo, sentido de fragilidad y riesgo. Esa afectividad circula entre los cuerpos de los sujetos amenazados. Al mismo tiempo se moviliza la sensación de control de los otros y la situación, por parte de quienes encarnan el ejercicio de la agresión.

3.2. *Las movilizaciones callejeras: afectividades brumosas*

Este segundo escenario de vocación holográfica se ubica en la tendencia actual a la multiplicación de las reivindicaciones sociales y de las demandas públicas frente a diversas situaciones que excluyen a algunos sujetos del acceso a recursos particulares y/o a reconocimientos específicos, así como también frente a las disputas por la apropiación del espacio público para manifestarse y aumentar la propia visibilidad social y la de las demandas que se enarbolan (Tamayo, 2010; Tamayo y López-Saavedra, 2012). Este tipo de escenarios crecen exponencialmente en las grandes ciudades latinoamericanas frente a la tensión instaurada entre la creciente segregación y exclusión urbana por un lado, y por otro las formas de resistencia frente a ello. Estos escenarios holográficos también se puede contextualizar en el horizonte contemporáneo que Guy Debord bautizó como la sociedad del espectáculo ([1967] 1974) y que en los últimos veinte años tiende a interpretarse desde la centralidad que han adquirido las imágenes en las actuales sociedades. De modo tal que en unos casos se generan escenarios holográficos en los que se destaca la resistencia, y otros escenarios parecen más orientados a la contemplación de los otros, de quienes no participan en la movilización callejera, pero si se constituyen en observadores.

Estos escenarios holográficos solo en ocasiones resultan de configuraciones de género. Estos casos menos frecuentes –aunque no ausentes– suelen responder a reivindicaciones de mujeres. La pertenencia

a un grupo social carenciado tampoco es condición necesaria, aunque suele estar presente, por ejemplo como la pertenencia a un grupo social que no ha accedido a la vivienda o a servicios urbanos básicos. La condición de juventud casi siempre está presente como corporeidades dominantes en los escenarios de movilizaciones callejeras, pero suele ocurrir que la demanda y/o la reivindicación no se asocia directamente a la condición de joven. De manera tal que en estos escenarios holográficos —y a diferencia de los anteriores— puede estar presente la condición de género como estructurante, o la condición de pertenencia a un grupo carenciado en términos socio-económicos, pero también pueden estar ausentes.

Los hologramas generados en el contexto de movilizaciones callejeras casi siempre son diurnos, precisamente porque esa condición se reconoce como una de las posibilidades de otorgarle mayor visibilidad a lo que se manifiesta. En cuanto a la espacialidad, su peculiaridad radica en que la dominante es el desplazamiento. Toda movilización callejera puede detenerse y permanecer en diversos lugares, sea por la dinámica compleja del desplazamiento callejero o sea por la relevancia de detenerse en algún lugar con fuerte carga simbólica. Aun así, la espacialidad que da el tono de la movilización callejera es la del desplazamiento, ya que en él va destacado el sentido de difundir espacialmente un reclamo o demanda social. De igual forma, los escenarios de vocación holográfica de las movilizaciones callejeras siempre son colectivos, sin que ello impida que dentro de ese colectivo se constituyan micro-escenarios en los cuales puedan emerger individuos aislados.

Al igual que en el anterior tipo de holograma socio-espacial, la performatividad resulta una de las claves de mayor fuerza para lo que está en juego. La otra clave es la afectividad, en la perspectiva no discursiva antes planteada. Particularmente relevante es la performatividad para la configuración de escenarios holográficos que adquieren un carácter de espectáculo social, en los que el otro es la sociedad en sentido difuso. En los escenarios holográficos de movilizaciones callejeras confrontativas, de fuerte resistencia, en los que el otro representa a quien se reclama, se enfrenta y se opone, la dimensión performativa también es relevante, como dramatización de la resistencia activa.

En este tipo de escenarios holográficos, junto a la capacidad estructuradora de lo performativo, también incluyen una componente de afectividad de notoria centralidad en la definición del escenario. Una

vez más, se trata de la afectividad entendida como aquella sensación que se mueve a través de los sujetos, de una persona a otra, sin la mediación del nivel cognitivo ni de lo lingüístico, pero sí territorializándose. En estos escenarios de las movilizaciones callejeras, particularmente los de tipo confrontativo y de resistencia, en los que el otro puede ser el Estado, el poder y la autoridad y/o los encargados de controlar la movilización, la sensación que circula de un cuerpo en otro —esa peculiar afectividad— suele contener una de las claves de la reconfiguración del escenario de la movilización al escenario de la violencia y el enfrentamiento. La sensación que circula prediscursivamente entre un cuerpo y otro, expresa el tránsito de una situación previa a otra futura: por ejemplo, de una situación previa de demanda a otra posterior de enfrentamiento violento y colectivo.

Esa forma afectividad que circula entre un cuerpo y otro parece desbordar el concepto de la hexis aprendida, o del régimen proxémico incorporado en la socialización. Más bien se trata de una afectividad que se moviliza en direcciones muy diferentes a lo aprendido en los procesos de socialización corporal. Se trata de sensaciones que buscan transgredir los regímenes proxémicos legitimados y donde esas sensaciones que pasan de un cuerpo a otro son semejantes a algo colectivo que se va anclando en uno y otro sujeto, sin la elaboración que supondría construir un discurso sobre la cuestión. Dichas sensaciones pueden ser entendidas también como una reducción de lo que está en juego en dicho escenario, ya que la otredad es reducida a la oposición que se enfrenta desde ambas perspectivas. Este tipo de afectividad se halla sumamente presente en diversos escenarios de nuestras grandes ciudades, pero también coexiste con hexis corporales más internalizadas y apropiadas en los procesos de socialización.

Reflexiones finales

Las páginas previas ofrecen una lectura fragmentada de la ciudad, pero ello permite —dejando atrás las aspiraciones de dar la panorámica de toda la extensión urbana— focalizarnos en la ciudad-movimiento. En este camino, se ha otorgado centralidad no sólo al sujeto que hace y rehace lo urbano en cada instante, sino también a su corporeidad. La corporeidad y las emociones son constitutivas del sujeto, son inmanente al sujeto, se confunden con él y con su identidad. En otras palabras, nuestra mirada integra

la dimensión corporal para la comprensión de lo urbano, ya que en ella radica la dinámica urbana, aun cuando muchas veces ha sido reducida al desplazamiento de los objetos.

Por otra parte, se ha mostrado que la dimensión corporal no se limita a la referencia a los cuerpos como objetos estáticos que ocupan el espacio urbano. Ha sido considerada de manera vitalista, por ejemplo en términos de la corporeidad, vale decir, lo que los cuerpos expresan en distintas circunstancias. La dimensión corporal también ha sido integrada en lo urbano desde el ángulo de la performatividad, es decir aquellas formas en que los habitantes dramatizan lo social. Y por último, se ha insistido en la pertinencia de integrar en los sujetos-cuerpo la afectividad no como simple referencia a la interioridad de los sujetos, sino como sensaciones que se transmiten y anclan en los cuerpos y así configuran los lugares. Como ha expresado Sonia Andrade, “nadie puede desligarse de la afectividad, siendo portador de una estructura expresiva que lo construye y lo conecta con el mundo” (2012: 203).

La experiencia espacial de la ciudad siempre supone contactos intensos con la otredad. Para el urbanita, la otredad se presenta como insoslayable. Esas otredades y entorno heterogéneos necesariamente generan en el sujeto-cuerpo sensaciones, y movilizan afectividades. La afectividad de lo urbano son aquellas sensaciones que experimenta el habitante del espacio público, circulan junto con el ruido, el movimiento, la aceleración, la heterogeneidad, los otros. El afecto es una constante en toda experiencia urbana, aunque como ha observado Nigel Thrift el estudioso de la ciudad solo excepcionalmente repara en él (2008: 172). En cambio, el habitante de la ciudad sabe que su espacio vivido en ocasiones debe ser conquistado, defendido, explorado, utilizado, com-

partido. En ello siempre se involucran la corporeidad y las emociones.

El texto ha recurrido a escenarios de carácter holográficos: Esto es escenarios construidos en un lugar, en un fragmento de tiempo, con ciertos actores, con particulares performatividades y afectividades y que tienen la peculiaridad de contener en ellos otros escenarios, de otros lugares, de otros momentos, con otros actores y corporeidades, pero que se conectan con el instante presente por una trama de sentido parcialmente repetida y proyectada a través de las biografías de los urbanitas, y que además se han inscrito en sus cuerpos, como las historias (Cameron, 2012). En ocasiones los actores tienen la sensación de haber estado en otros escenarios semejantes en otros momentos de su biografía. En otros casos, por la cotidianidad del tipo de escenario el actor utiliza espontáneamente el conocimiento práctico que incorporó en esos otros escenarios contenidos en el presente. En un caso y otro, el valor holográfico de los escenarios urbanos radica en que -como el *Aleph* borgiano- devienen en el lugar que contiene otros lugares (no todos, sino otros).

Sin duda alguna, observar las reconocidas problemáticas urbanas, tales como el miedo, la inseguridad, la violencia, desde este tipo de miradas ofrece una comprensión diferente de la ciudad y lo urbano, a la que resulta de los clásicos informes que miden, correlacionan y localizan estos fenómenos.

De esta forma, la corporeidad, las emociones y la afectividad, en estas páginas, aspiran a constituir una alternativa para comenzar a transitar del estudio de la ciudad de las formas espaciales y los habitantes fijados rígidamente en los diversos lugares, es decir la ciudad del *homo dormiens*, a la comprensión de la experiencia de lo urbano, y toda experiencia incluye emociones, afectividades y actos performativos.

Bibliografía

ANDERSON, B.; Harrison, P. (2010) *Taking-Place: Non-Representational: Theories and Geography*, Londres: AshGate.

ANDRADE, Sonia (2012) “La mediación: un proceso social, humano y educativo de afectividades compartidas”, *Fermentum*, Año 22 – Núm. 64, mayo-agosto, p. 199-221.

AUSTIN, J.L. (1998) *Cómo hacer cosas con las palabras*, Barcelona: Paidós.

BAUDRILLARD, J. (1987) *América*, Barcelona: Anagrama. [1986, *Amérique*, Paris: Grasset].

BAUMAN, Z. (2006) *Confianza y temor en la ciudad: Vivir con extranjeros*, Barcelona: Editorial Arcadia.

- BECK, U. (2006) *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- BERTHELOT, JM. (1983) «Corps et société: problèmes méthodologiques posés par une approche sociologique du corps», *Cahiers internationaux de sociologie*, vol. LXXIV, París.
- BOURDIEU, P. (2004) *El baile de los solteros*, Barcelona, Anagrama.
- BOURDIEU, P. (2007) *El sentido práctico*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores [1980. *Le sens pratique*, París: Ediciones de Minuit].
- BUTLER, J. (1988) "Performative Acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory", *Theatre Journal*, Vol. 40, Núm. 4., Diciembre, p. 519-531.
- CAMERON, E. (2012) "New geographies of story and storytelling", *Progress in Human Geography*, February 6, 2012, p. 1–20.
- DAVIDSON, J.; Bondi, L.; Smith, M. (2007) *Emotional Geographies*. Eds Hampshire, GB: Ashgate Publishing Ltd.
- DAVIS, M. (2003), *Ciudad de cuarzo. Arqueología del futuro en Los Ángeles*, Barcelona: Ediciones Lengua de Trapo. [1990, *City of Quartz: Excavating the Future in Los Angeles*, London-New York: Verso]
- DEBORD, G. (1974) *La sociedad del espectáculo*, Buenos Aires: Ediciones La Flor [1967, *Société du spectacle*, París: Buchet-Chastel].
- DELEUZE, G. (1990) *The Logic of Sense*. London: The Athlone Press.
- DELGADO, M. (1999) *El animal público: Hacia una antropología de los espacios públicos*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- DELGADO, M. (2007), *Sociedades movedizas: pasos hacia una antropología de las calles*, Barcelona: Anagrama.
- DÍAZ CRUZ, R. (2008) "La celebración de la contingencia y la forma: Sobre la antropología de la *performance*", *Nueva Antropología*, vol. XXI, núm. 69, julio-diciembre, p. 33-59.
- DUBOIS, J. (2007) *La mise en scène du corps social, contribution aux marges complémentaires des sociologies du théâtre et du corps*, París: L'Harmattan.
- GIANNINI, H. (2004) *La "reflexión" cotidiana: Hacia una arqueología de la experiencia*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- HALL, ET. (1972) *La dimensión oculta, México: Siglo XXI Editores* [1966. *The Hidden Dimension*. New York: Doubleday].
- HARAWAY, D. (1991) "Conocimientos situados: La cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial", en Donna Haraway, *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Ediciones Cátedra, p. 313– 345.
- HOWES, D. (2014) "El creciente campo de los Estudios Sensoriales", *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, N°15. Año 6. Agosto 2014 - Noviembre 2014. Argentina. p. 10-26.
- IBÁÑEZ, J. (1979) *Más allá de la Sociología: El Grupo de Discusión*, Madrid: Siglo XXI Editores.
- LAVE, J. (1997) "The culture of acquisition and the practice of understanding", en: David Kirshner y J. A. Whitson (Eds.), *Situated cognition. Social, semiotic and psychological perspectives*, Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum, p. 17-35
- LINDÓN, A. (2007) "Los imaginarios urbanos y el constructivismo geográfico: los hologramas espaciales", *EURE: Revista Latinoamericana de Estudios Urbano-Regionales*, vol. XXXIII, núm. 99, agosto, p. 31-46.
- LINDÓN, A. (2010) "Invirtiendo el punto de vista: Las Geografías Urbanas Holográficas del sujeto habitante", en: Lindón, A; Hiernaux, D (dirs.), *Los Giros de la Geografía Humana: Tendencias y horizontes*, Barcelona: Anthropos-UAMI. p. 175-200
- LINDÓN, A. (2013) "Territorialized everydayness between proxemics and diastemics: space-time rhythms in a context of acceleration", en: Bianca Maria Pirani y Thomas S. Smith (Eds.), *Body and time: bodily rhythms and social rhythms and Social Synchronism in the Digital Media Society*, Cambridge Scholars Publishing, p. 83-105.

- LINDÓN, A. (2014) "El habitar la ciudad, las redes topológicas del urbanita y la figura del transeúnte", Sánchez González, D y Domínguez Moreno, LA., *Identidad y espacio público*, Barcelona: Gedisa, p. 55-77.
- LONGHURST, R. (2005) "Situating Bodies", en: Lise Nelson & Joni Seager (ed.), *A Companion to Feminist Geography*, Malden, MA: Blackwell Publishing, p. 337-349.
- LYNCH, K. (1960) *The Image of the City*, Boston, Mass: MIT Press.
- MORIN, E. y Kern, AB. (1995) *Tierra Patria*. Buenos Aires: Nueva Visión [1993, *Terre-Patrie*, París: Seuil].
- NAVARRO, P. (1994) *El holograma social: Una ontología de la socialidad humana*, Madrid: Siglo XXI.
- OSTROVETSKY, S. (2001) "Les transformations de l'espace public", en; Ostrovetsky, S. (ed.), *Lugares, d'un continent l'autre...: Perception et production des espaces publics*, París: L'Harmattan, p. 139-158.
- PILE, S. (1996), *The body and the city: Psychoanalysis, space and subjectivity*, Nueva York: Routledge
- RODAWAY, P. (1994) *Sensuous Geographies: Body, Sense, and Place*. London: Routledge.
- ROSALDO, M. (1980) *Knowledge and Passion Ilongot: Notions of Self and Social Life*. New York: Cambridge University Press.
- SEAMON, D. (1979) *A Geography of the Lifeworld*, New York: St. Martin's Press.
- SEARLE, JR. (1986) *Actos de habla*. Barcelona: Ediciones Cátedra.
- SEARLE, JR. (1997) *La construcción de la realidad social*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica
- SENNETT, R. (1997) *Carne y piedra: el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Madrid: Alianza
- [1994. *Flesh and Stone: The Body and the City in Western Civilization*. New York: Norton & Company].
- SHERINGHAM, M. (2006) *Everyday Life: Theories and Practices from Surrealism to the Present*, Oxford: Oxford University Press.
- SIMONSEN, K. (2007) "Practice, spatiality and embodied emotions: A outline of a geography of practice", *Human Affairs*, n. 17, p. 168 a 181
- TAMAYO, S. (2010) "Prácticas ciudadanas en la ciudad del libre mercado", en Alfie, M. et al. (coords.), *Sistema mundial y nuevas geografías*, México: UAM-Azcapotzalco, UAM-Cuajimalpa, Universidad Iberoamericana, p. 313-336.
- TAMAYO, S. y López-Saavedra, N. (coord.) (2012) *Apropiación política de la espacio público. Miradas etnográficas de los cierres de las campañas electorales del 2006*, México: IFE/UAM-Azcapotzalco.
- THRIFT, N. (2008) *No Representational Theory: Space, Politic, Affect*, Nueva York-Londres: Routledge.
- TUAN, YF. (1974) *Topophilia: A Study of Environmental Perception, Attitudes and Values*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- TUAN, YF. (1977) *Space and Place: The Perspective of Experience*. Minneapolis. MN: University of Minnesota Press.
- TURNER, V. (1974) *Dramas, Fields, and Metaphors: Symbolic Action in Human Society*, Ithaca, NY: Cornell University Press
- WEISS, G. (1999) *Body Images. Embodiment as Intercorporeality*. New York and London: Routledge.
- WEISS, G; Haber, HF. (1999) *Perspectives of embodiment: The intersections of nature and culture*, Londres: Routledge.

Citado. LINDÓN, Alicia (2015) "Del espacio público de las hexis corporales al de las afectividades brumosas y no discursivas" en Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad - RELACES, N°17. Año 7. Abril-Julio 2015. Córdoba. ISSN: 18528759. pp. 8-19. Disponible en: <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/383>

Plazos. Recibido: 12/02/2015. Aceptado: 15/04/2015.